



Libros de Tierra Firme

poesía para el 93/94

Raúl González Tuñón / El rumbo de las islas perdidas

Juan Gelman / Salarios del impío / Los poemas de Sidney West / Cólera Buey

Leónidas Lamborghini / La canción de Buenos Aires / El jardín de los poetas / La Ovejada / Personajes en Penhouse / Estanislao del Mate / El triunfo del tenis / Moza-El Paseo / Inferno (escritos inéditos en México 1985-88)

Juana Bignozzi / Interior con poeta

Luisa Futoransky / La parca, enfrente

Alberto Szpunberg / Luces que a lo lejos

Néstor Groppa / Indio de carga

Fabián Casas / El salmón

Juan Desiderio / Barrio Trucho y otros poemas

Horacio Castillo / Alaska

Javier Cófreces / Mar de fondo

Daniel Freidemberg / Lo espeso real

Fernando Rosenberg / Las casas de los vivos

Víctor Pesce / Siperono

Oscar Taborda / La ciencia ficción

Jorge Fondebrider / Standards

Daniel G. Helder / Esto es un puente

Ricardo Costa / Homo dixit

Mirta Rosenberg / Teoría sentimental

Pablo Chacón / El grano del invierno

Juan Villafañe / Una leona entra al mar

Angel Faretta / Datos tradicionales

César Fernández Moreno / Contrapunto

Feldman-Parselis-Shestenge / Causas últimas

María Chemes / Los lejanos amantísimos

Ernesto Aguirre / Almacén "Las Maravillas"

Oscar Steimberg / Gardel y la Zarina

Diana Bellessi / Crucero ecuatorial / Tributo del mudo

Alberto Cassone / El reflejo de lo perdido

Marta Goldin / Palabra de la memoria

Andrés Glüzman / 20 poemas de desamor para Linda Blair

Carlos Lucena / El presente de los otros

Reynaldo Castro / Poemas para ser pisados por un pie plano

Hernán Simond / La sombra

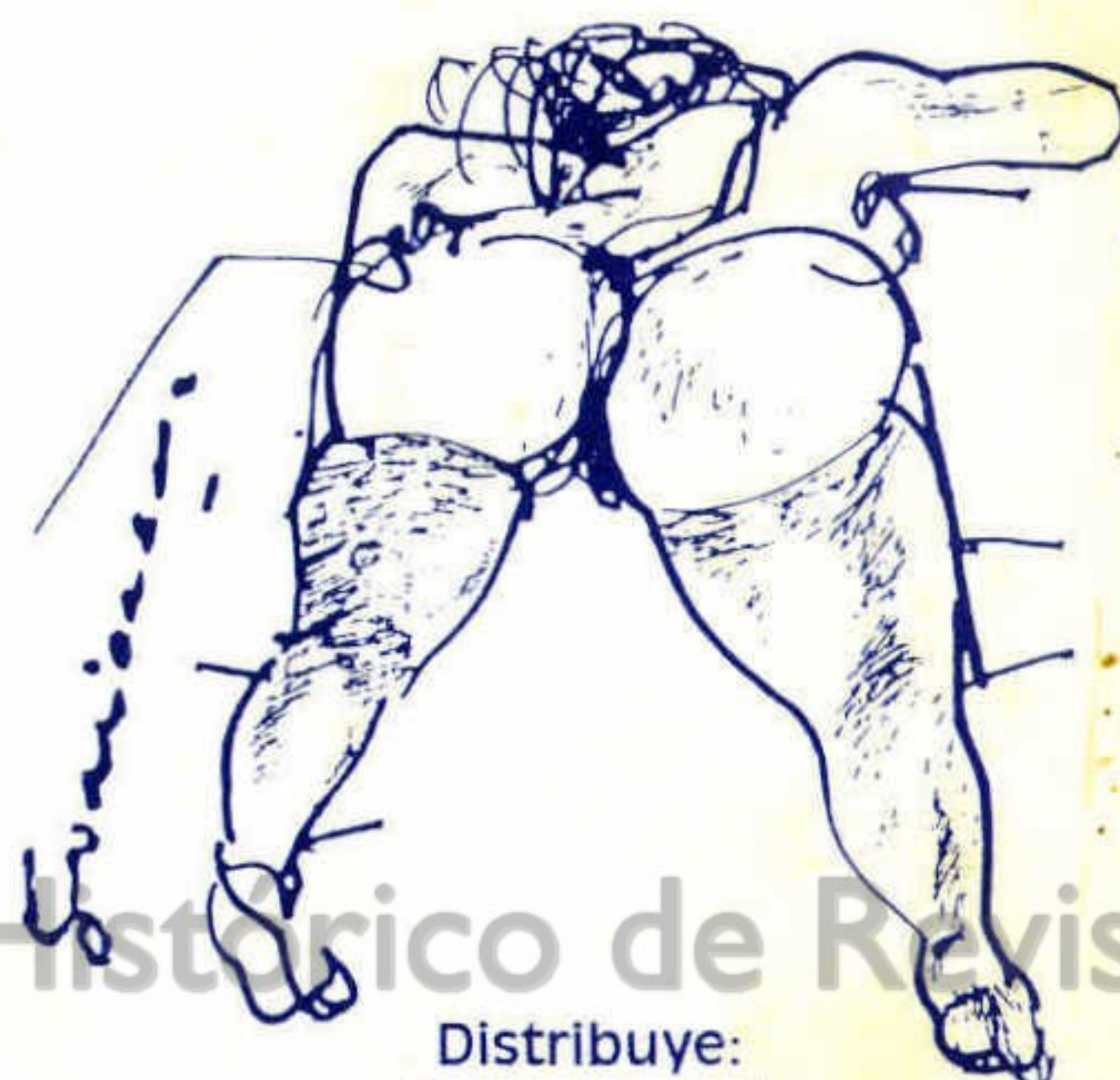
Jorge Ricardo Aulicino / Hombres en un restaurante

Charo Núñez / Asuntos pendientes

Glaucé Baldovin / El rostro en la mano

Rubén Chihade / Cuerpo de olvido

José Luis Mangieri / Poemas del amor y la guerra



Distribuye:

Catálogos srl.

Independencia 1860

1225 Buenos Aires, Argentina



la danza del ratón/10

Enrique Molina: reportaje y antología

Antonio Gamoneda: "Ni miedo ni esperanza"

Yehuda Amichai: poemas inéditos

Guillaume Apollinaire / Charles Baudelaire /

Jorge Luis Borges / Eduardo Mileo /

Hugo Padeletti / Ezra Pound /

Víctor Redondo / Susana Villalba /

Héctor Yanover

Alvaro de Campos:
única entrevista



la danza del ratón/1

Poesía argentina:
algo huele mal.

Nuevos poetas
de Venezuela

Escuela Poética
de Nueva York

D.H. Lawrence
Oliverio Gironde
Poetas en una década
Ezra Pound
Pier Paolo Pasolini

Horacio Salas
poema inédito



la danza del ratón/2

Paul Eluard: en
nombre del mundo

Poetas negros
de Norteamérica

Alfredo Veiravé:
reportaje exclusivo

Nuevos poetas peruanos/Georges Schehade
José María Álvarez/Diana Bellessi
Santiago Kovadloff/Jorge Ricardo
Lawrence Ferlinghetti/José Hier

Poesía argentina: los
nuevos del fin de siglo



la danza del ratón/3-4

Informe sobre
poesía chicana

Perú: Textos de
Martín Adán

Francisco Gandolfo:
Reportaje exclusivo

EUGENIO MONTALE KONSTANTINOS KAVAFIS
MIGUEL AGUIAR ALICIA GENOVESE LAURA
KLEIN VIOLETA LUBANSKY MONACIO
SALAS JORGE FONDERRIDER JONNIE
GONZALEZ JAVIER CÓFRECES



la danza del ratón/5

Joaquín Gianuzzi:
reportaje exclusivo

Recitales de poesía:
nota y encuesta

Edoardo Sanguineti:
el aquelarre lingüístico

Hugo Padeletti/Cesar F. Moreno
Monica Tracey/Marcelo Kacanas
Daniel Freidemberg
Silvia Alvarez
Jose E. Pacheco

Poesía lesbiana
norteamericana

EDITORIAL

Danza del Ratón Nº 10. Sí, sí, señores... mi pasión futbolística me impulsa al tono victorioso y exclamatorio. Diez números en danza, diez números en el lomo. Las retiraciones de tapa y contratapa dan cuenta de estos trece años, con seis de coitus interruptus.

Las cosas han cambiado tanto; los proyectos, la realidad, la economía. Han cambiado los discursos, las discusiones, los planteos, los enfoques, las expectativas, las apuestas. Han cambiado los medios, los recursos, los vínculos, los reclamos. Han cambiado la rabia, la repulsa, la protesta, el veneno. Han cambiado la estrategia, la toma de posición, el punto de vista. Han cambiado la ironía, la metáfora, la paradoja.

Han cambiado las caras; en muchos casos reemplazadas por máscaras.

Han cambiado las máscaras. Han cambiado las voces, ha cambiado la tinta, ha cambiado la mano...

Desde aquí adentro, desde esta cueva absurda, que es en definitiva una revista de poesía, se puede observar también la realidad y enfocar las agachadas, los renuncios y las delaciones de quienes la moldean desde el poder. Sin embargo, esta cueva también permite una observación más aguda y por fin más estimulante. Me refiero a la visión poética del mundo, a la visión poética de la realidad. La visión más detonante (siempre lo ha sido), la más poderosa, la más asombrosa

observadora, la más transformadora y también la más caótica.

El enfoque poético, la visión poética, la poesía, no han cambiado. Ante tanto cambio se mantienen incólumes, avasallantes, sacando pecho del cuerpo esmirriado que pretenden adjudicarle, o el corsé que desearían calzarle. La poética sigue siendo la más podrida, la más cruda, la más desquiciada, la más aberrante, la más contradictoria y la más insuficiente de las visiones del mundo. Pero la más noble y gratuita, la más pasionaria e iracunda. La más fértil e inclasificable, la más insondable y patética.

La poesía, madre de todas las pasiones, no acomoda nada ni a nadie. La poesía estorba, escarba y apenas se apoya en el pulso del poeta, en la apetencia de sus sentidos que la descubren siempre victoriosa pero abajo, abajo de todo; en el fondo de toda razón, de toda dicha, de toda muerte.

Allí abajo descansa la que no cambia y da vuelta el mundo, incontenible, y ampara la mirada que persigue otra cosa, distinta de lo que se nos ofrece, siempre. Mucho más si esa otra cosa pone de culo al hombre consigo mismo, como esta realidad llamada libre mercado, primer mundo, capitalismo, o como las conciencias demócratas modernas quieran llamarla.

La poesía, la pasionaria, la que no cambia, desparrama voces en este festivo Nº 10, a contramano, como corresponde. Y a propósito del Porque Sí, en seis meses lo hará de nuevo. Hasta entonces.

Javier Cófreces
Octubre/1993

SUMARIO

Enrique Molina: *El poeta errante* / 5

Antonio Gamoneda: *Ni miedo ni esperanza* / 20

Alvaro de Campos: *Entrevista* / 25

Yehuda Amichai: *Siete poemas* / 27

Divagación sobre la errata, por Antonio Requeni / 31

Más gatos, antología temática / 33

Humor, por Sendra / 38

Víctor Redondo: *Bosque del ciprés* / 39

Susana Villalba: *Catalina y Malinche* / 41

Dos hipótesis para una Danza Ignota,
por Miguel Gaya / 44

la danza del ratón

Publicación semestral.

Octubre 1993.

Año 13. Nº 10.

Dirección: Javier Cófreces.

Arte: Sergio Kern.

Comité editorial: Jonio
González, Miguel Gaya
y Eunice Cohen.

Colaboraron en este número:

Yehuda Amichai, Antonio
Gamoneda, José Luis
Mangieri, Eduardo Mileo,
Enrique Molina, Hugo
Padeletti, Antonio Requeni,
Sendra, Santiago Trías, Víctor
Redondo, Susana Villalba
y Héctor Yanover.

Diagramación: María R. Mó.

Corrección: Eduardo Mileo.

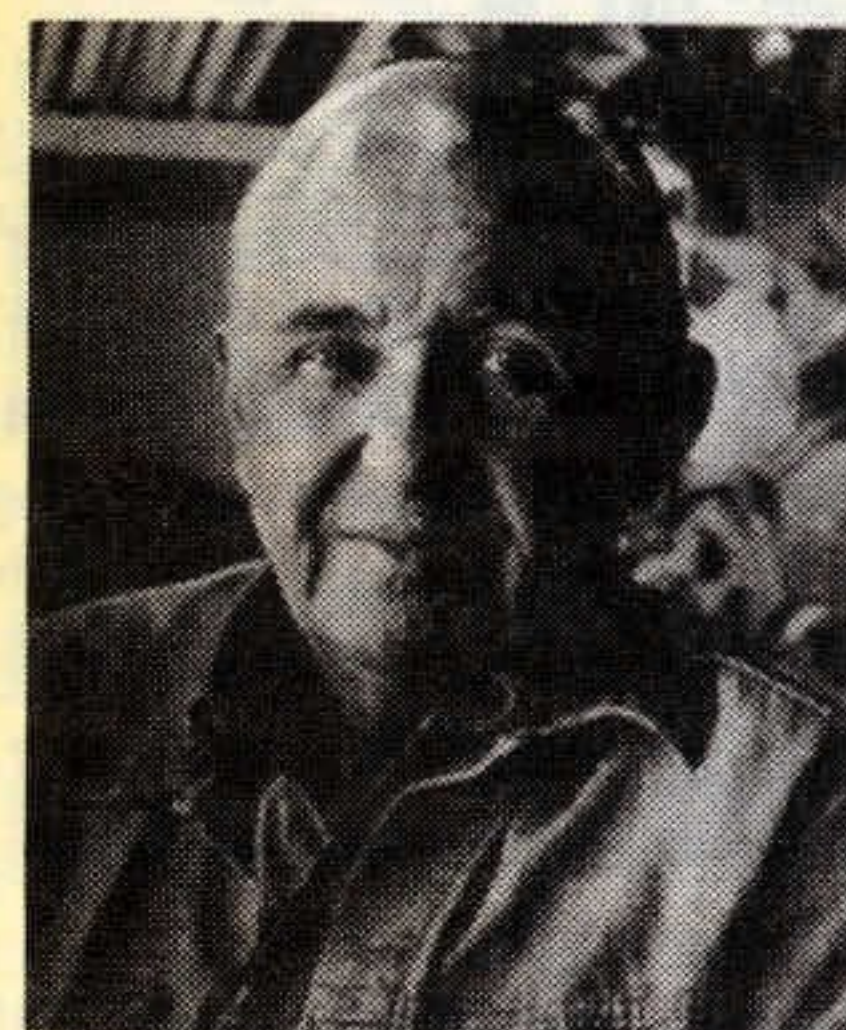
Composición y armado:
Cronopio Azul.

La Danza del Ratón es una
publicación de Ediciones de
la Claraboya. Gaspar Melchor
de Jovellanos 1068 (1269).
Capital Federal.
Registro de la propiedad
intelectual Nº 105.229.

Se autoriza la reproducción total
o parcial del material publicado
citando fuente y autor y
enviando dos ejemplares de la
publicación correspondiente.

Enrique Molina

El poeta errante



Si tuviera que definir en pocas palabras el encuentro con Enrique Molina diría que fue el premio a la paciencia, o mejor, a la insistencia. Durante más de seis meses procuré entrevistarme con él, pero fue un año difícil para el poeta. Estuvo muy delicado de salud durante los primeros meses y, aunque se sobrepuso, debió soportar alguna recaída que lo tuvo a maltraer. Tiene 83 años y su organismo probablemente los acusa más que él, ya que se lo ve espléndido y vital.

La lectura de *Hacia una isla incierta*, su último libro, editado en 1992, es el mejor testimonio de su

potencialidad. No obstante, al tenerlo delante y tras conversar un par de horas con él, no quedan dudas de que Molina es un hombre tremendo, activo, con una energía y una vitalidad creadora envidiables. El mismo reconoce ser poco afecto a las notas, reportajes y relaciones públicas hoy día y confiesa "haber quedado mal con mucha gente" a quien no correspondió. "Soy un pésimo corresponsal", no se cansó de repetir durante la charla. "No tengo tiempo, o no me organizo, para responder las cartas que me llegan o los libros que recibo por decenas durante el año."

Su tiempo todavía se divide entre la plástica y la poesía: "Sin embargo, en un momento de mi vida decidí optar por una de ellas, a lo mejor me equivoqué; con la pintura probablemente hubiera hecho dinero. Uno ya sabe que con la poesía eso es imposible, de todos modos me aferré a ella". El living de

su casa de Palermo está repleto de cuadros que pintó, con esas maravillosas mujeres gordas, tan generosas como los colores que desbordan las pinturas. Acaba de concluir unos textos para la puesta en escena de su novela *Una sombra donde sueña Camila O'Gorman*, que próximamente será convertida en ópera. También planifica un viaje a México —"parece mentira pero allá me consideran más que aquí"— y comenzó a enseñarme revistas y diarios de este año con notas y comentarios acerca de su obra publicados en el exterior. El propósito es presentar una exposición con sus cuadros, para la cual tiene previsto concluir varios *collages* para completar la muestra.

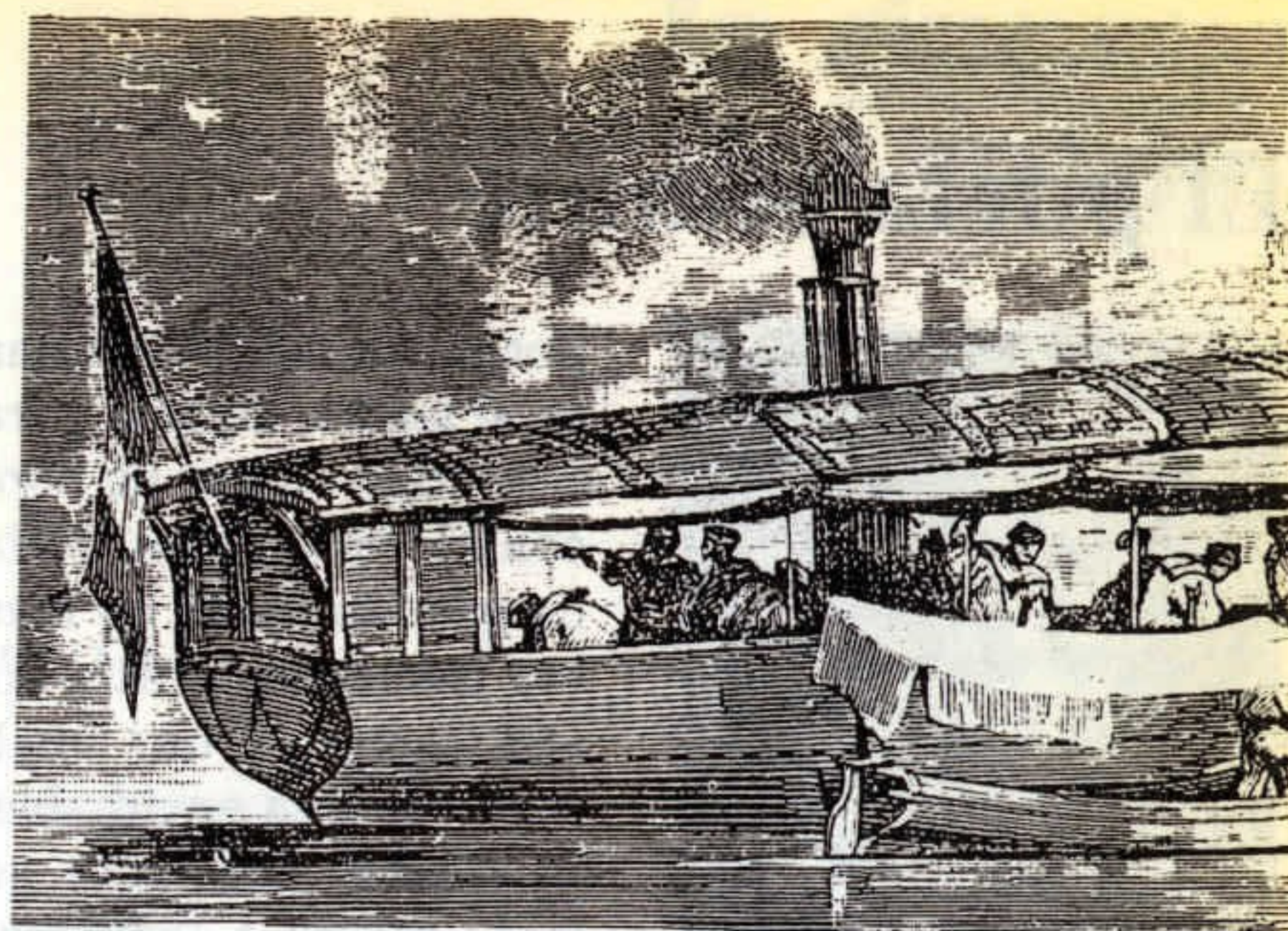
Con el paso de los minutos la conversación se hacía más distendida y fue nombrando poetas argentinos y libros y recuerdos. A cada momento se levantaba de su sillón en busca de material para apoyar lo

que decía enfáticamente, hasta llenar de revistas, notas y papeles la mesa. Todo el tiempo citó a poetas y en más de una ocasión exaltó el valor del surrealismo, al que considera "el movimiento cultural más importante del siglo". Todas sus reflexiones aparecieron sinceras, transparentes y conmovedoras.

Hacia el final del encuentro la emoción de quien escribe estas líneas se vio sacudida por una pregunta, sobre la despedida, esta vez proferida por Molina: "¿Cómo anda aquello de la Poesía Descarnada? (un grupo poético creado por Jonio González, Miguel Gaya y Javier Cófreces hace más de 15 años), todavía lo recuerdo con simpatía".

En ese momento y después de admirar tantas cosas en Molina, empezando por su magnífica obra y siguiendo por la lucidez implacable de su discurso, comprobé que su memoria también dejó espacios para los gestos de generosidad y acercamiento a los demás.

Javier Cófreces



Enrique Molina nació en Buenos Aires en 1910. A los seis años se trasladó junto a su familia a Corrientes y luego, en 1919, a Misiones. A partir de 1932, en Buenos Aires, inicia estudios de derecho que concluye en 1936, año en que viaja por primera vez a España. En 1942, después de publicar su primer libro de poemas, decide convertirse en tripulante de barcos mercantes. Recorre así América y Europa, pasando largas temporadas en Chile, Bolivia y Perú. A partir de 1958 se hace pública su actividad como artista plástico. En 1962 funda con Aldo Pellegrini la revista *A partir de cero*. Su obra es ampliamente difundida y reconocida en América y Europa, donde también se han publicado sus libros. Es considerado en el exterior, junto a Borges y Lugones, uno

de los más grandes poetas argentinos. Publicó los siguientes libros: *Las cosas y el delirio*, Sudamericana, Bs. As., 1941; *Pasiones terrestres*, Emecé, Bs. As., 1946; *Costumbres errantes o la redondez de la tierra*, Botella al mar, Bs. As., 1951; *Amantes antípodas*, Losada, Bs. As., 1961; *Fuego libre*, Losada, Bs. As., 1962; *Las bellas furias*, Losada, Bs. As., 1962; *Hotel pájaro*, Centro Editor de América Latina, Bs. As., 1967; *Monzón napalm*, Sunda, Bs. As., 1968; *Amantes antípodas y otros poemas*, Libres de Sinera, Barcelona, 1974; *Una sombra donde sueña Camila O'Gorman*, Losada, Bs. As., 1975; *Obra poética*, Monte Avila, Bs. As., 1979; *Los últimos soles*, Sudamericana, Bs. As., 1980; *El ala de la gaviota*, Tusquets, Barcelona, 1989; *Hacia una isla incierta*, Argonauta, Bs. As., 1992.

Enrique Molina

Reportaje

—No es difícil apreciar que en su obra se complementan vida y poesía.

—He buscado una poesía nacida más de las sensaciones que del intelecto. No quiere decir que la mía, como toda la poesía de este tipo, no tenga algún contenido intelectual, pero ha sido traducido por otras vías expresivas que no son las del discurso lógico del pensamiento. Hay una gran poesía de índole intelectual, como la de Mallarmé o Jorge Guillén, pero mi sensibilidad se inclina más a una poesía vivencial como la de Neruda o Vallejo.

—Usted fue marino. Sus versos están llenos de mar. ¿Desde cuándo y cómo le vino esa fascinación del mar?

—Es raro. Los primeros años de mi infancia los pasé en un campo de la provincia de Buenos Aires. Después, en una hacienda de la provincia de Corrientes, que es una provincia subtropical entre dos gran-

des ríos, el Paraná y el Uruguay (yo vivía sobre la costa del Paraná), que son como los ríos de América, iracundos, salvajes, a diferencia de los ríos casi quietos de Europa. Estos dos ríos vienen de la selva brasileña, del fondo mismo del Brasil, y atraviesan casi todo el continente. Un jesuita español del siglo XVIII escribió un libro muy interesante para demostrar que el Paraíso estaba en América, y lo situaba al centro norte del Brasil, donde confluyen, o están próximos, el Amazonas, el Orinoco, el Paraná y el San Francisco. El jesuita argüía que son los cuatro ríos que señala la Biblia en el Paraíso. Y allí, a la orilla de uno de ellos, pasé parte de mi infancia. El Paraná venía ya con las aguas hechizadas por el chamán en el norte, cerca del Paraíso. Y le comenté esto: a mi padre le gustaba pescar; a mí no, porque me parece arduo engañar al pez con una cosa sabrosa para que trague el anzue-

lo, lo que es más cruel que la cacería con fusil automático. Mi padre solía ir a pescar de noche al río con unos peones y acostumbraba llevarme. Y yo guardo de entonces en el recuerdo el fluir del río y la experiencia de lo transitorio.

Más adolescente estudié en un puerto de la costa de la provincia de Buenos Aires (Necochea). Tuve entonces una visión muy intensa del mar y una comunicación casi visceral con él. Y me acompañó desde niño el sentido del viaje y el de los barcos. Yo hubiera anhelado ser marino; era mi verdadera vocación, pero en ese tiempo no había escuela de náutica. Debía uno de estar en la Armada para seguir esa carrera, lo que no me seducía.

—¿Y que le dio o le enseñó el mar?

—Como tripulante, en barcos de carga, es una situación muy especial, sobre todo en las travesías. Por 10 o 15 días uno no ve sino el cielo y el agua y el horizonte. Hay una suerte de aislamiento que lo vuelve a uno profundamente sobre sí mismo. Es

una suerte de iniciación hacia un sentido de lo cósmico. Esa soledad, esa cosa infinita. No hay tiempo: no hay días ni noches. Sólo cielo y mar. Es una situación un tanto prenatal: el barco es como el vientre de la madre. Uno está profundamente unido en un mundo en que todas las cosas de alguna manera se satisfacen.

—*En su poesía están también hondamente el Sol y la Tierra. ¿Cómo los asocia al mar? A las navegaciones y los regresos.*

—He pasado mi vida en un planeta adorado y terrible. El mar es deslumbrante pero no más que una mosca o un pájaro. En el mar se siente latir la tierra de una forma más poderosa y cósmica, como sólo se siente en un terremoto. En el mar se siente el eterno latido de la tierra.

—*"Todo un fervor de sol y exilio", dice usted en un verso recordable.*

—Al mismo tiempo que se siente uno en la plenitud terrestre, siente también el peso del exilio. Esta es una deslumbrante realidad, pero no es la realidad más íntima. En lo profun-

do el sentimiento de desamparo y de fatalidad de la condición humana es un contraste intenso con el esplendor del Sol. Y, al mismo tiempo, uno y otro se responden.

—*¿Y qué le dieron a lo largo de los años la aventura y el exilio?*

—Todo en el fondo del ser es un sentimiento de errancia y de fluir continuos. La aventura y el exilio sólo representan la avidez de vivir. El hombre en sí viaja de continuo, porque la Tierra gira y lo traslada junto con el ritmo de las estaciones. Hay personas que tienen hondamente incorporado el sentimiento del viaje como aventura vital, de aprehensión del mundo y de una más vasta realidad. También en la inmovilidad

y en el arraigo se sueña a menudo y se vive el viaje. Sin embargo, he conocido también muchos marinos y viajeros de comercio que en lo único que sueñan es en volver a casa y no moverse. Y hay poetas que anhelan el viaje y otros con el fervor por el lugar fijo, por la familia, por la paternidad, por el seguro albergue. Yo pertenezco a la primera clase.

Por eso desde muchacho nunca quise tener hijos, porque sentía que no estaba hecho para la vida doméstica. Tuve la avidez y la necesidad del mundo.

—*Pájaros y hormigas se repiten mucho en su poesía. Algo en vuelo y algo que camina laboriosamente en la tierra.*

—Ambos son elementos poéticos desde mi infan-

cia. De niño, en el campo sentía una atracción misteriosa por los hormigueros. Esos largos collares terrestres que vemos en vivo. Había en mí una sensación muy intensa de un misterio de otro mundo en el fondo mismo del planeta. De allí parecían salir. En algunos poemas he dejado rastros de esa admiración. Después de vivir en Corrientes nos trasladamos a Misiones, al norte (allí estuvieron las misiones jesuíticas), donde existe una tierra colorada y hormigueros de más de un metro de alto. Si se los golpeaba con un palo y se los deshacía, se producía un tal hervor que uno quedaba hechizado ante la erupción de hormigas.

—*¿Y los pájaros...?*

—Es un poco totémi-

co... Recuerdo ese maravilloso poema celebratorio de Saint-John Perse a los pájaros. Analizando a los pájaros en toda su dimensión moral (la altura es siempre moral), el pájaro es un ser para la altura. Es misterioso y solitario. Es raro que los pájaros vivan en pareja. Sólo lo hacen mientras procrean. Y desde entonces uno los ve moviéndose y volando solos. El pájaro es un mensajero —un intercesor— entre el cielo y la tierra. Ha sido siempre el sueño o el anhelo del hombre de alcanzar una totalidad celeste irrealizable. La mejor imagen la representa el vuelo de Icaro.

—*La mujer aparece de continuo en sus poemas como cuerpo y deseo. El otro sol que usted halló bajo el Sol.*

—La mujer es para mí el centro del mundo. No podemos dejar de referirnos al mito platónico del andrógino: cada uno buscará su mitad. Pienso a veces si todo lo que he querido viajar y ver de mundo, y sentirme libre de opción, y de estar a disposición del mar y el viento de las cosas y de los hallazgos no ha sido más que el deseo de encontrar a una mujer. Ella es para el hombre su realización total. No como el amor loco de Breton, sino como reveladora presencia de la belleza y del esplendor del mundo. Es la gran intercesora: está ligada al cielo, a la tierra, a los astros, a las mareas del océano, a la selva y al aire.

—*Y la infancia, cuyas imágenes surgen de continuo en sus poemas, ¿es el reino perdido? ¿O ese reino continúa, o al menos lo parece, hasta los casi ochenta años de su edad?*

—No es un reino perdido. La infancia es el elemento nativo de la poesía. En ella están el sentimiento mágico del mundo y la revelación y el asombro permanentes de cada cosa y situación. Pero es ante



todo la atención: la atención con que el niño descubre el mundo. Si un adulto ve una mosca o una planta, pasa eso inadvertido; si un niño la ve es como si viera el relámpago o una estrella. Un ser que descubre maravillas. Esta atención del niño es la que da el *sentido* a la poesía. Para mí la poesía es una honda atención de la realidad en la que uno está inmerso. Enajenado el hombre en una implacable sociedad de consumo, presta poca atención al mundo que lo circunda. No se piensa o no se mira con suficiente atención sobre la extrañeza de estar aquí, o de preguntarse: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Por qué esta fatalidad del nacer y del morir? No se lo plantea o, si lo hace, es con poca lucidez. El poeta lo hace y lo vive a menudo.

—Mencionó usted a Perse. Me parece que usted tiene un parentesco esencial con dos poetas: Perse y Neruda. ¿A quiénes leyó además usted?

—En los días de mi infancia, en la hacienda de mi padre, había una pequeña biblioteca de los

libros que a él le interesaban. Los primeros que hojeé fueron de Espronceda, de Zorrilla, de Bécquer, de Garcilaso, de Cervantes. Espronceda y Zorrilla en especial me fascinaban. De grande tuve en algún momento un acercamiento al surrealismo. Ningún poeta puede negar el surrealismo, que ha hecho un mito de la poesía y la ha identificado con el amor y la libertad como exigencias totales. Nunca pertenecí a un grupo surrealista ni fui un surrealista ortodoxo. Tengo un libro que sigue en su totalidad las pautas del movimiento (*Costumbres errantes o la redondez de la Tierra*), pero a partir de entonces, al menos en el aspecto expresivo del surrealismo de imágenes y asociaciones insólitas, las he abandonado y he ido buscando mi lenguaje. No reniego de él, pero no me pueden poner ese rótulo.

—La teoría es atractiva, pero en los surrealistas sobraba literatura y en los poemas suyos lo que sobra es la vida.

—Yo lo que trato es seguir fiel a la ética del surrealismo, más que a su

expresión literaria. En eso no he variado: poesía, vida, amor y libertad me acompañan siempre. Pero en el surrealismo no hay, por ejemplo, una visión del paisaje, salvo en Aimé Césaire, un gran surrealista nacido en el Caribe.

He hecho también una poesía inmediatamente vivencial. Lejos de todo intelectualismo. En Argentina hubo extremos: en ciertos momentos la poesía estuvo cargada de una expresión intelectual, debida, es probable, a Girri y a Borges; la poesía mexicana y colombiana, creo, son más vivenciales, basadas más en una experiencia humana más inmediata.

—Su poesía, como buscaba Neruda, está llena de impurezas.

—Neruda lo decía así —por lo demás yo no entiendo qué se quiere expresar con poesía impura o pura— para oponerse a la poesía de Juan Ramón, más de contenido estético o intelectual. Lo que aparto de la poesía de Neruda es la parte política: panfletaria y plena de tópicos. En los '60, se insistió mucho en la poesía comprometida; el poeta sólo

tiene un gran compromiso y es con la poesía misma. Desde luego puede tener una posición política, pero la poesía no debe ponerse al servicio de una ideología o como medio de propaganda de un partido o de una tesis política.

—Una gran cantidad de sus poemas tienen una amplia respiración. Un verso largo que se desborda como mar, como río furioso. ¿Se le da más fácil el verso largo?

—Sí, pero en los inicios tenía yo un verso un tanto salmodial, del tipo que hace admirablemente bien una poeta argentina (Olga Orozco). Yo lo tuve en algún momento. El libro que publicaré este año, *Llegada a una isla incierta*, contiene poemas más breves y de una expresión más concreta.

—¿Y cómo hace un poema? ¿Cómo le nace? ¿Es una imagen, una sensación?

—Es extraño. Es una especie de puente entre el conflicto del lenguaje y la emoción interior y existencial del ser, sin palabras, frente a lo trágico de su condición en la tierra. De lo oscuro, de lo más profundo de ese sentimiento,



del fondo existencial de la naturaleza del ser frente al sentimiento de la muerte que trata de alguna manera de expresar ese abismo entre lenguaje y ser, nace la poesía. Y de algún modo la poesía debe expresar lo que el lenguaje no logra hacer. Tal vez lo que queda de la poesía es lo que está entre una palabra y otra, pero no en su significado más directo. Para mí la realidad externa ha sido fabulosa y deslumbrante, pero a la vez de naturaleza tantálica: la tierra se ofrece sin que uno pueda tomarla en su totalidad.

—¿La poesía se le impo-

ne, lo llama, lo hace escribir?

—De alguna manera sí. A veces me he preguntado de dónde nace el poema, porque hay momentos en que no puedo escribir. Y de repente me asalta. Es una intuición o una visión particular de un momento de mi vida y de la realidad que intenta expresarse. Yo no puedo levantarme como el pintor que dice: "Voy a pintar ocho horas"; yo no sé cuándo voy a escribir el poema.

—¿Usted quiso que su obra poética fuera, como Ungaretti dijera de la suya, una "bella biografía"?

Críticos profundos que son también poetas notables, como Sucre y Ortega, han señalado que en un poema mío se halla siempre toda la obra. Sucre señala que existe reiteración, pero al mismo tiempo hay algo que se abre. No podría explicárselo muy bien, pero poseo una visión del mundo que ha sido la misma desde lo más hondo de mi infancia. Por eso en mí es ajeno el sentimiento de nostalgia. En la generación argentina llamada del '40 había una cantidad de poetas que

luego del primer libro se despidieron de la poesía. Todo en sus versos era un clima de melancolía y de nostalgia. La nostalgia es melancolía, mira hacia el pasado, a un Paraíso perdido. Yo siento que ese pasado y ese Paraíso perdido están vivos, en todo su esplendor, en el instante presente. No una mirada melancólica hacia atrás, sino todos los instantes acumulados que vivo a cada instante. Y espero que sea así hasta el fin de mi vida.

—¿Y hasta qué grado es autobiográfica su obra?

—El poeta está en su obra. El saber a qué hora despierta o duerme, o si bebe mucho o es abstemio, o si es disipado o ascético, o si es soltero o divorciado, no importa a la poesía. El sentimiento de una obra continua se me impuso de una manera compulsiva desde las primeras líneas que escribí. Me recibí de abogado pero no me atreví a trabajar en eso. Cuando terminé la carrera me embarqué de tripulante. Sólo 20 años después recogí mi título en la universidad: me convenía por cuestiones de presupuesto.

La vocación poética exige una entrega a la poesía, como la del religioso que se entrega a Dios. La vocación es un misterio. Nunca dudé de ella un solo instante. Creo tener buenas condiciones para la plástica y pude ser pintor. He pintado buen número de cuadros y ahora hago collages. Es un arte fascinante. Uno se levanta, maneja materiales, telas, colores. Uno puede levantarse a pintar, incluso todo el día, pero no a escribir un poema. No sé: acaso el novelista pueda hacerlo. Los cuadros que ve aquí en la sala son míos. Algunos tienden al surrealismo.

—Creo que había talento para la pintura. Hay también en ellos instantes poéticos.

—Hubo un momento en que entré en conflicto con ambas vocaciones. Me sentí muy angustiado. Me incliné por la poesía, pero pensé que no debía renunciar a la pintura. Al irme adentrando en la pintura me di cuenta de que sus misterios y problemas son tan profundos como los de cualquier otra actividad artística.

—¿Y qué le dio al final la poesía?

—Me he hecho a través de ella. La experiencia poética es lo que va revelando lo más profundo del ser y nuestra presencia en el mundo. Vea: a medida que el poema se va plasmando, se descubren zonas de uno que estaban poco presentes en la conciencia y que se van definiendo al hacerlo. Y así a la largo de los años.

—Y rilkeanamente, ¿qué consejo o consejos le daría a un poeta joven?

—Hay ese viejo dicho: "No me den consejos; sé equivocarme solo".

N. de la R.: Enrique Molina prefirió responder las preguntas de nuestra entrevista por escrito, motivo por el cual las mismas quedaron en su poder con la promesa de respuesta en pocos días. Lamentablemente, el retraso del poeta en la entrega del material nos obligó a un cambio de planes. A último momento debimos recurrir a este reportaje de Marco Antonio Campos, extraído del periódico mexicano *Sábado*, publicado en su suplemento *Uno más* el 17 de abril del corriente año.

Poema 16, de "Hacia una isla incierta"
(para "La danza del ratón")

*

La luz de la lámpara salida de una nube,
de una hendidura en la oscuridad,
se curva al iluminar su cadera, se desliza
sobre sus cabellos, cuerpo de mujer desnuda
en lo inestable, en la fugacidad deslumbradora
de cualquier lugar de la tierra, uñas brillantes,
sonrisa brillante, su mirada, vago espejo
en la corriente del río. ¿Y quién
puede reflexionar si esa música llega tan hondo?
Tibio soplo de los cañaverales, cierta angustia
ante el reclamo de la deriva, allí
donde el viento es siempre nostalgia.

*

El hombre ve pasar las aves migratorias
alejándose en busca del verano,
viajeros que desaparecen, todo entrevisto
en detalles inesperados, en otras verdades.
Quizás ella vive sola, junto a una palmera
a la espera de un día que no llegará nunca

Enrique Molina
Bs As / 1993

Antología

Como la nostalgia

Escucha un vagabundo corazón:
Resuena con su polvo de dichas y ternuras
en medio de las cosas,
en medio de este valle de lágrimas,
entre inciertas palabras.

Y solamente el líquen,
las alcobas donde el hastío reina,
desabrido y fatal como el silencio de un antiguo sepulcro,
a través de unos mansos objetos, de unas flores
perdidas en el vago madurar del otoño,
recibirán su larga despedida,
igual a la caricia final con que se deja
una forma en que amor y deseo han ardido.

Modulación de sombras y codicias,
una endecha donde el querido y triste hechizo de soledad
se levanta, pero donde perdura, todavía invencible,
la avidez de la tierra,
nunca demasiado gustada —¡oh, nunca demasiado poseída!—,
entre la llamarada de un relámpago,
al fulgor de unos días cayendo como lluvias,
como cabellos, cuando la amante, con dulzura,
se inclina sobre un beso y con su pelo cubre
el rostro del que sueña.

de *Pasiones terrestres* (1946)

Llave perdida

Bajo estas alas de alcatraces
Todo límite desaparece
Miras el sol pero es el agua
Miras el mar y no es el mar

Bajo este golpe de grandes alas
Se une el silencio y el fragor
El verde rostro de lo profundo
La mujer que gira en su fondo

Bajo estas espumas en viaje
El sabor de la infancia perdura
Sobreviven sus bellos ojos
Más ligeros que las espumas

Nada se aparta de tu aliento
Aunque violes las cerraduras
Jamás te irás aunque te vayas
Elige el viento o el olvido

Puedes decir adiós con la mano
Saborear tu grano de exilio
Llorar en tu guarida nocturna
Recorrer tu oscuro arrabal

No saldrás nunca sin embargo
De tu gran prisión de alcatraces
Aunque te ocultes en arenas
Aunque huyas entre los sueños
Aunque des vuelta la cabeza
Para mirar entre los muertos

de *Costumbres errantes o
la redondez de la tierra* (1951)

Alimentos

¡Oh comidas! ¡Oh espejismos!
A diario me inslalo en extravagantes lugares
Con grandes deseos de vivir
Comedores anónimos incluidos en el repertorio de la locura
Bajo ventiladores liturgias y desgarradoras bocinas del puerto
—Falsa comida de los hoteles multiplicada por espejos—
El mantel siempre en fuga flameando con la tormenta
Y mi boca tan ávida cubierta de mucosas rojas
Como un candelabro imperial
Iluminando la cabecera
—¡Oh comestibles!—
La gran hostia nutritiva donde anida el deseo y el fuego
Ensaladas hirsutas guisos sin fortuna
Ni auxilio —desde todo agujero
Desde el fondo mismo del planeta
Llega un eterno rumor de grandes mandíbulas que devoran—
Parentescos adánicos con toda bestia y hoja
El esplendor de esta comida demente
Aferra vigorosamente mi alma
Como una mujer desnuda exhibiendo el húmedo rayo de su sexo
Donde los perros de mi sangre se reparten el corazón del sol
Entre un olor de frituras milagros y vinos
Desafiando el cascabel de los muertos
Mientras fosforece la diabólica rata que trota a lo largo de toda mi vida
Insaciable
Sin alcanzar jamás un plato

de *Las bellas furias* (1966)

A simple vista

A menudo, por los orificios del cielo
se veían chozas, poblaciones de la barranca
al borde del agua, gente
con olor a melones y a pescado,
algún machete, quizás,
entre la maleza, degollador.

Cosas entrevistas en la noche
o a pleno sol, el canto de una mujer
se alza en una costa brumosa.

Hay rostros barbudos allí,
por la laguna

pasa en canoa un hombre dormido,
golpe lento, aguas batidas,
algo inmensamente vivo se escurre de los remos.

No puedo decir que así
el mundo se ensanchaba.

Se estrechaba, más bien,
casi hasta estrangular.

de *Los últimos soles* (1980)

Gentes de migraciones

De rostros sin cortesía, que hacen pensar en
lluvias y soles violentos,
llegaron desde las malezas, de un lugar
al que no vieron nunca.

Al caer la noche
miraban dormir a sus mujeres
mientras ellos bebían, cubiertas con edredones,
con los brazos cruzados sobre sus senos
para que nunca dejaran de brillar
de sitio en sitio, donde el hombre sea bendito
por la locura y la estrella del Génesis.

Pero cuando las piedras se volvían andrajos
cantaban por los días enterrados y el balido del viento,
predicaban en las cocinas con himnos disolutos
a las células de su cuerpo y a las bocas besadas.

Rezaban sólo a hogueras
o a hojas comidas por orugas,
como si la visión de la carne fuera al mismo tiempo
una fiesta y una tumba, entre los violines
de la casa de Huser donde los espectros bailaron.
Sus mujeres no hacían sombras en el suelo,
con largas cabelleras muy negras.

Extrañas gentes.

de *El ala de la gaviota* (1989)

15

Vuelvo a mi cuerpo de antes,
su testimonio con un fuego consumido,
esas sensaciones
dispersas en la vastedad
de su mínimo prado, casi a oscuras y, realmente,
a solas. En plena siesta, por una calle
llena de arena, de un pueblito portuario,
caminábamos juntos, ella y yo, en busca de un señor
que esculpía rústicos ídolos de madera,
hasta llegar a una casucha ruinosa.

"Nada conseguirán aquí, donde no hay nadie,
ni direcciones exactas" —dijeron.

Una fogata
arde muy lejos, casi en el límite
mismo de la sombra, casi en el vacío.
Pero hay alguien que piensa en la lluvia y bendice
su remota campana. Y vuelan
las hojas, como adioses, ahora golpean
contra el vidrio del horizonte, como memorias
desamparadas en el alma.

de *Hacia una isla incierta* (1992)

Antonio Gamoneda

Ni miedo ni esperanza

Desde hace tiempo en Argentina no tomamos contacto con poetas españoles actuales que logren despertarnos la admiración o el asombro que sugerían naturalmente sus anteriores. Con la publicación de los poemas de Antonio Gamoneda *La Danza del Ratón* pretende revertir la creencia de que la poesía española está adormecida, en cuanto a su actual producción y en relación con otras épocas. Sirva, pues, esta puerta que se abre para permitir la entrada de voces insospechadas que demuestren, como lo hace Gamoneda, que los poetas españoles no están en penitencia.

En cierta ocasión leí que Antonio Gamoneda es el poeta del envejecimiento y la edad. Yo diría, más bien, que es el poeta de la madurez, del abandono y la espera. Del fluir del tiempo en la depuración de los sentidos, de la serenidad en la desolación. Cuanto más expresa, menos nombra y explica. Su poesía va

desde el misterio de los sentidos y la oscuridad de las fuentes hasta la armonía de la voz y la claridad de la imagen. Con pocos versos, escinde y une, constantemente, las múltiples contradicciones de los sentidos y la memoria.

Lo apasionante de Gamoneda es que uno puede invertir horas intentando desvelar el significado de sus poemas, intentando apresar la cruel belleza que encierran. Sin embargo, bastan tan sólo unos minutos para comprender que han conseguido iluminarnos desde la oscuridad, equilibrar la más oculta mirada con una claridad infinita nacida del deseo de echar luz sobre las sombras, de perpetuar lo que fenece y preservar lo indemne. Fuegos fatuos en la inmensidad del silencio y de la muerte. En sus ansias por crear símbolos y paisajes de un pasado que busca su reposo, en acercarse al silencio total de la conciencia, reside su camino hacia la per-

fección de la memoria.

Antonio Gamoneda nació en Oviedo en 1931. En 1934, huérfano de padre, se trasladó con su madre a León, donde fijó su residencia. Vive la represión derivada de la Guerra Civil. Según sus propias palabras: "En estos años de infancia la vida cursó unida a una constante referencia a la muerte". En 1945 entró a trabajar en una institución bancaria en la que permaneció durante veinticinco años, produciendo una obra única en la poesía española contemporánea a espaldas de corrientes y prebendas. En 1985 le fue otorgado el Premio Castilla y León de las Letras. En 1987 publicó *Edad* —un compendio de todos sus poemas publicados e inéditos, sometidos a un riguroso proceso de revisión y reescritura, desde 1947 hasta 1986—, por el que recibió el Premio Nacional de Poesía en 1988. Entre sus obras más importantes figuran *Sublevación inmóvil*, *Blues castellano*, *Pasión de la mirada*, *Descripción de la mentira*, *Lápidas* y *Libro del frío*.

Santiago Trias
Barcelona, julio de 1993

Antonio Gamoneda

Poemas

Sobre excrementos de rebaños, subo y me acuesto bajo los robles musicales.

Cruzan palomas entre mi cuerpo y el crepúsculo, cesa el viento y las sombras son húmedas.

Hierba de soledad, palomas negras: he llegado, por fin; éste no es mi lugar, pero he llegado.

**

Hay una hierba cuyo nombre ignoro; así ha sido mi vida.

Vuelvo a casa atravesando el invierno: olvido y luz sobre las ropas húmedas. Los espejos están vacíos y en los platos ciega la soledad.

Ah la pureza de los cuchillos abandonados.

**

Tiendo mi cuerpo sobre las maderas agrietadas por las lágrimas, huelo la linaza y la sombra.

Ah la morfina en mi corazón: duermo con los ojos abiertos ante un territorio blanco abandonado por las palabras.

**

Alguien ha entrado en la memoria blanca, en la inmovilidad del corazón.

Veo una luz debajo de la niebla y la dulzura del error me hace cerrar los ojos.

Es la ebriedad de la melancolía; como acercar el rostro a una rosa enferma, indecisa entre el perfume y la muerte.

**

No tengo miedo ni esperanza. Desde un hotel exterior
al destino, veo una playa negra y, lejanos, los grandes
párpados de una ciudad cuyo dolor no me concierne.

Vengo del metileno y el amor; tuve frío bajo los tubos
de la muerte.

Ahora contemplo el mar. No tengo miedo ni esperanza.

**

Eres sabio y cobarde, estás herido en las mujeres húmedas,
tu pensamiento es sólo recuerdo de la ira.

Veo las rosas temibles.

Ah caminante, ah confusión de párpados.

**

El mirlo en la incandescencia de tus labios se extingue.

Yo siento en ti grandes heridas y te desnudas en mis
fuentes.

Se extingue el mirlo en las alcobas blancas donde soy
ciego, donde, algunas veces, suenan en ti grandes
campanas.

**

He envejecido dentro de tus ojos; eres la dulzura y el
exterminio y yo amé tu cuerpo en sus frutos nocturnos.

Tu inocencia es como un cuchillo delante de mi rostro,

pero tú pesas en mi corazón y, como una miel oscura,
yo te siento en mis labios al ir hacia la muerte.

**

Estoy desnudo ante el agua inmóvil. He dejado mi ropa
en el silencio de las últimas ramas.

Esto era el destino:

llegar al borde y tener miedo de la quietud del agua.

**

Vértigo en la quietud: en los espejos entran sustancias
corporales y arden palomas. Tú dibujas juicios y tempestades
y lamentos.

Así es la luz de la vejez, así

y la aparición de las heridas blancas.

**

Yeguas profundas en la fosforescencia. Recuerdo el
miedo y la felicidad en mis cabellos hendidos por el
relámpago; después, el agua y el olvido.

A veces veo el resplandor del monte sobre las grandes
máquinas de la tristeza.

**

Un bosque se abre en la memoria y el olor a resina es
útil al corazón. Vi las esferas del sudor y los insectos
en la dulzura;

luego, el crepúsculo en sus ojos;

después, el cardo hirviendo ante el centeno y la fatiga
de los pájaros perseguidos por la luz.

de Libro del frío, 1992

Relación del prostíbulo

Vi la solicitud de las ancianas
y sus agujas; las tinieblas
y la humedad de sus medallas.

Era jueves sin padre, jueves sólo.
No había nadie en el espejo. Vi
cánulas y, tras el crepúsculo,
a las gallinas de la eternidad.

Dios se cansó de la tristeza
y no quiso existir. Aquella tarde
fue la única de mi vida.

Aviso negro

Nada se esconde al gavilán inmóvil; arden sus ojos amarillos
y ésta es su narración: aguas enfermas, mendicidad de rostros
invisibles.

No hagas incesto en los armarios; guárdate: albergan asma,
atribución, espíritus,

quizá días y alas desesperadas.

Siéntate ya a contemplar la muerte.

de Lápidas, 1986

Alvaro de Campos

Entrevista



En el número de julio/agosto de 1987 la revista *Anthropos* publicó en su Suplemento N° 4 la siguiente entrevista con Alvaro de Campos, uno de los heterónimos de Fernando Pessoa. El cuestionario había sido editado originalmente en el periódico *La Información*, de Lisboa, el 17 de septiembre de 1925.

La decisión de transcribirla en *La Danza del Ratón* surge principalmente a modo de homenaje al genial poeta portugués, a

58 años de su muerte y ante la necesidad de que de algún modo estuviera presente en las páginas de nuestra revista. Optamos por esta entrevista como curiosidad literaria, debido a que indudablemente Pessoa es uno de los poetas a los que más espacio dedicó la crítica, en virtud de su vastísima obra. Se han escrito miles de páginas estudiando y analizando su poesía, sus libros, sus cartas y sus 27.543 documentos sobre estética, metafísica, política, ocultismo, horóscopos, entre otros temas.

"Alvaro de Campos nació en Tavira, el 15 de octubre de 1890 (a la 1.30 de la tarde); es ingeniero naval. Mide 1,75, delgado y con tendencia a encorvarse. Cara afeitada, entre blanco y moreno, tipo vagamente de judío portugués, cabello sin embargo liso y normalmente apartado al lado, monóculo." (Extraído de una carta de Fernando Pessoa a Adolfo Casais Monteiro del 13 de enero de 1935.)

—¿Cuál es, de entre sus libros, el que más aprecia?

—No teniendo libros publicados, sino sólo poemas que valen más que los libros de mis contemporáneos de todas las lenguas, le responderé entendiendo poemas en lugar de libros.

Me gusta estridentemente la "Oda triunfal" incluida en *Orpheu* 1. Sé bien que la "Oda marítima", publicada en *Orpheu* 2, tiene más construcción y alrededores, pero no olvido que escribí la primera con la emoción en línea recta, y que es la obra prima de la sensibilidad moderna. Son favores que debo a los Dioses: no quiero ser ingrato con ellos, no reconociéndolos.

—¿Cuál de ellos le aportó más admiradores?

—He influido indeterminadamente en varias composiciones posteriores, por no poseer el secreto de influir en las anteriores. Pero no sé si me admiraron aquellos que me han admirado.

—¿Debe a sus obras una aventura amorosa?

—No acostumbro a poner el arte en hombros de la sexualidad. Confieso, no obstante, que debo a

una obra mía, pero de manera indirecta, una aventura amorosa. Fue en Barrow in Furness, que es un puerto en la costa occidental de Inglaterra. Allí, cierto día, después de un trabajo de arqueo, estaba yo sentado sobre un barril, en un muelle abandonado. Acababa de escribir un soneto —eslabón de una cadena de varios— en el que el hecho de estar sentado en ese barril era un elemento de construcción. Se me aproximó una muchacha, por así decir —alumna, según después supe, del liceo (*High School*) local—, y entró en conversación conmigo. Vio que estaba escribiendo versos, y me preguntó, como en estas ocasiones se acostumbra a preguntar, si yo escribía versos. Respondí, como en estos casos se responde, que no.

La tarde, según su obligación tradicional, caía lenta y suave. La dejé caer.

Es conocida la índole portuguesa y el carácter propicio de las horas, independientemente de las índoles y de los portugueses. ¿Fue esto una aventura amorosa? No alcanzo a decirle. Fue una tarde, en

un muelle lejos de la Patria; y hoy es, ciertamente, un recuerdo de oro oscuro. Así diríamos en el *Orpheu*; así no dejaré de decirle ahora. ¿Qué más quiere de mí, Sr. Ferreira Gomes? La vida es extremadamente compleja, y los azares son, a veces, necesarios. El cuento no tiene moral, desde el principio. El oro oscuro quedó húmedo y la tarde cayó definitivamente.

—¿Cuál fue la mayor compensación moral que le dio la literatura?

—La única compensación moral que debo a la literatura es la gloria futura de haber escrito mis obras presentes.

—¿Alguno de los protagonistas de sus libros tuvo existencia real?

—No escribo historia ni historias y, por eso, no uso protagonistas, a no ser la variedad de personas que he sido. Ninguna le ellas tiene existencia real, porque nada tiene, científicamente hablando, existencia "real". Las cosas son sensaciones nuestras, sin objetividad determinable, y yo, sensación también para mí mismo, no puedo creer que tenga más reali-

dad que las otras cosas. Soy, como todos nosotros, una ficción del *intermezzo*, falso como las horas que pasan y las obras que permanecen, en el remolino subatómico de este inconcebible universo.

—¿Cuál es su mayor preocupación intelectual al escribir?

—No tengo preocupaciones intelectuales al escribir. Tengo la única preocupación de emitir emociones, dejando a la inteligencia que se aguante con ellas lo mejor que pueda. Tengo el deseo de ser de todos los tiempos, de todos los espacios, de todas las almas, de todas las emociones y de todos los entendimientos. Menos que todo es nada para el alma que no se despioja en la lógica, ni mira para las uñas de la estética. No pudiendo ser la propia fuerza universal que envuelve y penetra la rotación de los seres, quiero por lo menos ser una conciencia audible de ella, un brillo momentáneo en el choque nocturno de las cosas... El resto es delirio y podredumbre. Créame, cordialmente suyo.

Traducción de
José A. Cilleruelo.

Yehuda Amichai

Siete poemas

Yehuda Amichai nació en Würzburg, Alemania, en 1924. Fue educado en hebreo y alemán y emigró con su familia a Palestina en 1934.

Traducido a más de veinte idiomas, es autor

también de cuentos cortos, obras de teatro y una novela, *Ni de este tiempo, ni de este lugar*. En 1982 recibió el prestigioso Premio Israel de Poesía.

Los poemas que siguen pertenecen a su libro *Amén*

y son inéditos en castellano. Las traducciones fueron realizadas por Jonio González durante el corriente año y tomadas de las versiones en inglés del propio autor revisadas por Ted Hughes.

Sinagoga en Florencia

Tierna primavera en el patio,
Un árbol florece, cuatro niñas juegan
Entre dos lecciones de la lengua sagrada
Frente a una pared conmemorativa
Hecha de mármol: Levi, Sonino, Cassuto
Y otros
En líneas derechas, como en un periódico
O en los rollos de la Torah.

El árbol no se yergue en memoria de nada
Más que de esta primavera.
A rivederci, padre nuestro.
Buona notte, rey nuestro.

Lágrimas en el ojo
Como migas secas en un bolsillo
De algún pretérito pastel.

Buona notte, Sonino.
A rivederci, los seis millones,
Las niñas, el árbol y las migas.

Perdido en gracia

Perdido en gracia
como un pie en un zapato demasiado grande.

El pequeño agujero quemado en mi camisa
es un ojo adicional para que vea a través de él.

¿Qué te llevas a dormir?
Un sueño y un almohadón rosa, abrazado.

Las ruedas de la bicicleta de mi hijo mayor
giran toda la noche. No duermo.

El pez de plástico del más pequeño de mis hijos
siempre sonríe.

La soledad tiene ventanas y una puerta.
Tiene cañerías fuera y dentro, igual que cualquier casa.

Y lo que está más allá de mí es grande
y calmo, como el mudo espacio vacío en un cementerio.

Nadie pone su esperanza en mí

Nadie pone su esperanza en mí.
Los sueños de los demás se cierran para mí.
No estoy en ellos.

Incluso las voces en el cuarto
son un signo de desolación, iguales a telarañas.

La soledad del cuerpo
que tiene espacio para algunos otros cuerpos.

Ahora están sacando sus mutuos amores
de la repisa. Hasta dejarla vacía.

Y el espacio exterior comienza.

Canción sobre una fotografía

Hay melancolía en esta foto del bosque
poco antes de la primavera. Los árboles desnudos penetran
/lentamente

en mi alma. El susurro del ayer a mis pies.
Pero las palabras "antes del amanecer" todavía son
dulces a mis oídos y suaves
como el lado secreto de una profecía.

A mediodía mi voz se eleva como una súbita racha de viento.
Compré una maleta con cierre
para mi viaje. Dios mío, ¿qué más
puede comprarse un hombre mientras todavía está vivo,
además de mortaja y lápida?

Me lavaba las manos frente a un espejo y supe
que el que ha creado al hombre ha creado la muerte.
Y de los cinco que una vez estuvieron juntos
sólo quedan tres, y están dispersos.

Dios tal vez le devuelva la vida a la muerte,
pero no podrá unir de nuevo las cosas
ni cerrar las hendiduras.
Incluso el que permanece en la calle frente a tu casa
logrará entrar más largo y ancho en el mundo.

Tengo muchos muertos

Tengo muchos muertos sepultados en el aire.
Tengo una madre sepultada a pesar de que aún sigo con vida.

Soy un espacio
en guerra contra el tiempo.

Hubo un tiempo en que el color verde era muy alegre
detrás de tu rostro en la ventana.

Sólo en mis sueños todavía amo con fervor.

El día en que partí

El día en que partí la primavera estalló
para cumplir con lo que había sido dicho: oscuridad, oscuridad.

Comimos juntos. Extendieron un blanco mantel
para la tranquilidad. Pusieron una vela votiva.

Comimos y supimos: el alma del pescado
en sus espinas vacías.

Permanecemos una vez más frente al mar:
alguien ya había hecho y completado todo.

Y el amor —aquellas pocas noches
como estampas maravillosas. El contacto del corazón
sin abandonar su herida.

Me desplazo levemente, como oraciones de judíos,
asciendo simplemente como ojos que se elevan y como
un vuelo hacia algún otro lugar.

Estábamos tan cerca

Estábamos tan cerca el uno del otro,
como dos números en una lotería,
apartados apenas por una cifra.
Uno de nosotros vencerá, tal vez.

Hermosos son tu rostro y tu nombre,
impresos en ti como en un frasco
de maravillosa confitura:
la fruta y su nombre.
¿Todavía estás dentro?

Llegará el tiempo en que los días sean
dulces como noches
y hermosos para la gente
a quien el tiempo ya no le importará.

Entonces, sabremos.

Antonio Requeni

Divagación sobre la errata

En el último número de *La Danza del Ratón*, donde fueron publicadas algunas composiciones de mi antología *Poemas 1951-1991*, uno de esos diablitos tipográficos en los que muchos no creen pero que los hay los hay, metió la cola y alteró el significado de un verso. El poema, dedicado al pobre Roberto Santoro, terminaba con la línea: *No haya paz en la tumba del verdugo*, y quedó: *No hay paz en la tumba del verdugo*, con lo cual la imprecación perdió toda su fuerza.

Esta anécdota me hizo recordar algunas erratas de las que escritores mucho más importantes que yo fueron víctimas, desde los tiempos del viejo Gutenberg. A propósito, la vez le oí decir a Borges que Gutenberg tenía la culpa de la decadencia de la literatura, pues hasta su aparición los libros se copiaban a mano y únicamente se copiaban las obras importantes. Después de su hallazgo, cualquiera que junte unos

pesos (incluidos los alumnos de los talleres literarios de la SADE) puede publicar su librito.

"Cada errata es una herida", suele decir mi amigo Jorge Calvetti. Pero hay heridas graves y heridas leves. Si en un texto leemos *arquelípico* en lugar de *arquetípico*, nos damos fácilmente cuenta del error y seguimos adelante. Lo malo es cuando la errata cambia el significado que el autor quiso expresar. Cada vez que escribo en un artículo *estilo románico*, rezo para que dicho estilo no se convierta en *romántico*. Me ha sucedido reiteradamente. Pero hay ejemplos más patéticos, como el de aquel poeta tropical que narra Pablo Neruda en el capítulo "Erratas y erratones" de su libro *Para nacer he nacido*. El tal poeta, que Neruda calificaba de "rimbombante y melifluo rimador", había escrito en un poema: *Yo siento un fuego atroz que me devora*, línea que el linotipista, supongamos que

involuntariamente, hizo quedar así: *Yo siento un fuego atrás que me devora*. Tal fue la lógica aflicción del autor que arrojó toda la edición al mar. En realidad, un libro con un verso como *Yo siento un fuego atroz que me devora* merecía quedar sepultado en la más insondable de las profundidades submarinas.

Está también el caso de aquel vate que, al versificar un episodio de la Conquista de América en el que una india era violada por el cruel conquistador, puso que la infortunada nativa *perdió su doncellez entre las piedras*. Verso que la traviesa errata transformó en *perdió su doncellez entre las piernas*.

Sin embargo, ha habido defensores de la errata. Alfonso Reyes, en el capítulo "Escritores e impresores" de su delicioso libro *La experiencia literaria*, cuenta que la casualidad corrigió su verso: *Más adentro de la frente* por otro mucho más sugestivo: *Mar adentro de la frente*. (A mí nunca me ocurrió lo que a Alfonso Reyes, pero secretamente sueño con la posibilidad de que una errata me transforme en

un poeta genial.) El mismo Reyes cuenta que ciertos escritores no se arredran ante una errata y saben sacarle provecho. Valéry Larbaud, por ejemplo, leyó en un diario la noticia de la próxima aparición de su novela titulada *Rilda-sedlrad lees dlcmyhpbgf* (lo que en el ambiente gráfico llamamos un "empastelamiento"). Pues bien, Valéry Larbaud escribió un breve ensayo en el que trataba de descubrir el posible sentido del criptograma. Y llegó a la conclusión de que la novela trataba del viaje en ferrocarril de una dulce mujer esclava llamada Rilda o Rulda. El viaje terminaba en una catástrofe, que es lo que le

sugerían las últimas letras: *p, b, g, f*.

Nuestro Fernández Moreno relató la felicidad y poco después la desazón que le produjo una ilusión óptica parecida a una errata. Entró en un banco y vio escrito sobre una de las ventanillas: *Canciones*. Le pareció una hermosura, algo así como un milagro. Pero se acercó y comprobó su error: no decía *Canciones* sino *Cauciones*.

Y para terminar, una errata muy curiosa descubierta por Carlos Manso en el poema "Sherlock Holmes", del último libro de Borges, *Los conjurados*. La sexta estrofa de esa composición empieza: *No baja más al baño*. Tam-

poco visitaba/ ese retiro Hamlet, que muere en Dinamarca... Manso, en un artículo publicado en el suplemento dominical de *La Prensa*, opinó que el primer verso, tal como Borges lo imaginó, debió decir: *No va jamás al baño...* Y deducía que al tener que dictarlo, como todos hablamos sin hacer cesuras entre las palabras, el copista lo interpretó de esa forma. Una confusión inocente, con toda seguridad, no como la de un irreverente recitador que transformaba el primer verso de la "Egloga Primera" de Garcilaso: *El dulce lamentar de dos pastores* en *El dulce lamen tarde dos pastores*.

Antología temática

Más gatos



La cartelera teatral porteña puso de moda este año a los gatos. Durante el mes de junio podían verse: *Cats*, *Los gatos*, *El gato con botas*, en distintas salas de Buenos Aires. La coincidencia inspiró a Ernesto Schóo un artículo publicado en el suplemento de *El Cronista Comercial* del 14/6/93 y otro a Analía Roffo, aparecido el 21/7 en *Clarín*. Unos meses antes de que los productores teatrales hicieran coincidir sus olfatos felino-comerciales y que el propio Schóo pergeñara su interesante nota, *La Danza del Ratón* antologó a varios poetas que se ocuparon de sus históricos perseguidores.



En este caso se trata de un acuerdo temático; los autores, a través de los textos elegidos, abordan sus particulares encuentros con el animal de marras. Cada uno lo hace desde sitios personalísimos, con el guiño sugerente e individual que habrá inspirado la visión de sus propios gatos, "excelentes maestros, pésimos alumnos", como los definiera Juan Antonio Vasco. Queda por señalar que esta nota inaugura un nuevo espacio en la revista que consiste en presentar las voces de los poetas a partir de un tema en común. Este N° 10 abre con los gatos a propósito

de su manía persecutoria con los ratones y en homenaje a las metáforas que inspiró el nombre de la revista (reflejadas en el editorial del N° 1) durante la dictadura militar.

Próximamente serán las pipas, el matrimonio, New York, las tabernas y otros temas. Habrá también en este espacio una particularidad. Uno de los poemas acerca del tema en cuestión será propuesto "por encargo" a un poeta contemporáneo. En este caso, Eduardo Mileo hace punta.

Para todos aquellos que señalan que los temas siempre son los mismos, el amor, la muerte, la vida, apuntaremos desde estas páginas, en todo caso, los matices que eligen los poetas para evocarlos o, mejor, para dejarlos de lado cuando les da la gana. Este espacio, en definitiva, permitirá confirmar una vez más la tesis del mismo Mileo: "Los poetas son díscolos y caprichosos". Los tonos, las formas, los puntos de vista que elige cada uno de los autores para hablar de lo mismo servirán de comprobación.



Charles Baudelaire

El gato

Ven, mi bello gato, a mi corazón amoroso;
recoge las uñas de tu pata,
y déjame sumergir en tus bellos ojos,
mezclados con metal y ágata.

Cuando mis dedos acarician despacio
tu cabeza y tu lomo elástico,
y que mi mano se embriaga de placer
de palpar tu cuerpo eléctrico,

yo veo mi mujer en espíritu. Su mirada,
como la tuya, amable bestia,
profunda y fría, cortante e hiriente como un dardo,

y, de los pies hasta la cabeza,
un aire sutil, un peligroso perfume
nadan alrededor de su cuerpo moreno.

Ezra Pound

Gato casero

"Me agrada estar entre mujeres bellas.
¿Por qué mentir sobre estas cosas?
Lo digo una vez más:
Me agrada platicar con las mujeres bellas
Aunque no hablemos más que tontadas.

El ronroneo de las antenas invisibles
Es a la vez estimulante y delicioso."

Guillaume Apollinaire

El gato

Quiero en mi casa
Una mujer que algo signifique
Un gato pasando entre los libros
Y en cada estación amigos
Que no puedo vivir sin ellos

Jorge Luis Borges

A un gato

No son más silenciosos los espejos
Ni más furtiva el alba aventurera;
Eres, bajo la luna, esa pantera
Que nos es dado divisar de lejos.
Por obra indescifrable de un decreto
Divino, te buscamos vanamente;
Más remoto que el Ganges y el poniente,
Tuya es la soledad, tuyo el secreto.
Tu lomo condesciende a la morosa
Caricia de mi mano. Has admitido,
Desde esa eternidad que ya es olvido,
El amor de la mano recelosa.
En otro tiempo estás. Eres el dueño
De un ámbito cerrado como un sueño.

Hugo Padeletti

El gato no parece que supiera

que lleva al tigre oculto, adormilado,
pero espera
del hambre el acicate

y lo verás despierto,
desplegado,
a la vez

distendido y en ristre.
Entre piedras y matas se avecina
al acecho de un ala.

Hay un gorrión
que, ávido y absorto en su filón,
picotea una oruga.

Un salto aleve
de la rama a la roca,
y verás que las alas y las tripas

asoman por la boca.

Héctor Yanover

Poemas con gato

Todos los gatos estarán muertos
y yo seré el único gato vivo.

Vendrás a verme bajo la tierra
hecho un finísimo maullido.

Sólo tu mano me extrañará.
Todos los gatos estarán muertos,
será la paz.

Para Débora

Eduardo Mileo

Ojos de gata

a Andrea Gutiérrez

Tengo la infancia olvidada
por un abuso del crepúsculo.
Cualquier mirón sagaz
puede ver en mis ojos
la hoguera
donde ardieron las brujas.

*Mis ojos
de bolita japonesa.*

Persas
fenicios
vándalos
aqueos
adoraron mi estirpe
el noble arte de ocultarme
entre sedas y especias.

Tengo débil la sombra
tensado el iris como un arco.
Acecho el corazón de las palomas.
Y mato enamorada
con un salto.

*Mis ojos
de bolita japonesa.*

Pero no doy consuelo.
No acompaño.
No espero.
Mi destino es errar:
perder el sueño.
Como un perfil egipcio
confundida entre símbolos
caeré con las hojas de mi otoño.



Poema

Javier Cófreces, sabiendo que desde hace más de tres años no "escribo", me desafió gentilmente a entregar un poema inédito para este número de *La Danza*. La

amistad y cierto orgullo herido me llevaron a revolver entre mis papeles secretos y extraer este bosquejo. Nací en Buenos Aires en 1953. Dirijo la revista *Ulti-*

mo Reino. Publiqué los siguientes libros: *Poemas a la Maga Homenajes*, *Circ e*, *Las familias secretas* y *Mercado de Opera*.

V. R.

Bosque del ciprés

a Silvia Woods

Voy a decirte las viejas palabras, corazón,
como si no las hubiera dicho nunca.
Nunca nombré el ciprés no visto
ni la amapola gritando en un atardecer sin nombre.
No callé tu nombre por rencor
ni por el turbio dolor de calles ciegas
sino por no saber que eras tú esa luz
y de ti ese verdor feroz que no sacia esta ceguera
/y esta sorda sed.

Siento, acabado y sin pena,
de luz otra esta vida,
y esa inmensa sed tiene tu nombre,
porque al pie de altares un muerto debe reposar
y el amor es lo que no se exige sino lo que se extiende
como todo un muerto.

Luz, luz, luz exige ceguera. Otro saber
nacido en la sombra.

Sí. Nombrado sin saber decir:
cada vez que vuelvo de la risa
una canción se pierde
de la misma manera.

La risa es profunda, superficial,
como el instante donde la luz nos vuelve a cegar;
la luz pide luz y el amor muerte.

Luces con sombras, claroscuro

una noche abre su manto
a quien de ti me nombra siempre.

Los amantes, ritmo
badajo y badajo insomne
volver a través de este sol
al desmayo: septiembre vuelve
al reposo de tu vientre y yo vuelvo a nunca
amar

si vuelves
a nunca amar
donde la palabra murió sin nacer

y cuando dolor no tiene nombre

hastío animal o sol
esta mujer y sombra
donde dolor no tiene nombre
callada luz

persigue el nombre que me busca.

Supimos besar el nácar de no existir.
Fuimos la mirada que nos hizo esclavos
de la mirada

no tuvimos los hijos que no quisimos
y tú sin nombre les darás otro solo
nombre secreto
como este amor insomne que vive atrás y desierto
de serenidad, hastiada.

Muriendo en tu amor muero,
acabando de saber no encontraré mi nombre,
estatua de sal que petrificó mi sola eternidad

no somos diferentes.

Mi eternidad es un sentimiento maternal.

Tengo hijos siempre,
el placer se desliga del porvenir
y calla el nombre del futuro

la fuerza de los siglos aletargados
en el corazón de los dormidos.

Amar es morir sin sed.

Susana Villalba

Catalina y Malinche

En el contestador Javier tenía un minuto para decirme que yo tenía dos páginas para un texto y 10 líneas para decir lo esencial acerca de mí. Tenía una semana para pensarlo. Lo esencial es subjetivo, recurro a lo de siempre: dos libros publicados, *Clínica de muñecas* (1986) y *Susy, secretos del corazón* (1989), en ediciones *Ulti-*

mo Reino, además de una separata, *Oficiante de sombras*, en la revista de poesía *Ultimo Reino* número 10. Pertenezco al Consejo de Redacción de esa revista. Las editoriales se pelean por publicar mis inéditos: *Oro caído* (1982), *Caminatas* ('90-'92), *Papalote* (novela-poema acerca de la conquista de México, de la cual extraje estos tex-

tos para *La Danza*). Pasaron diez líneas y no dije nada esencial. Podría agregar: escribo poemas de amor. O bien: a veces soy Malinche, puentera entre la lengua de la pasión y la de la esclavitud; a veces soy Catalina, la andaluza que se ahoga con palabras que no consuman el deseo.

S. V.

Catalina

Comienzo a comprender que era al revés, ahogarse era el sentido y era forma la pena. Y si hubieses venido de qué me hubiese ahogado sino de la insustancia de tu abrazo, de ese hueco sin llenar entre los cuerpos, fisura de la carne con la propia frontera. Ese latido, si hay compás es que hay dos sonos, siempre el otro en su delirio. Es de hueco el amor, royéndose por límite. ¿Decir en esta tierra? Donde todo se nombra agazapado como tigre a punto de saltar otro sentido. ¿Decir? Nunca se sabe. Invertido el ahogo tomando alguna forma la distancia, tornándose real a ser justificada. Y si estuviera y no bastara su abrazo. Y sus palabras extranjeras dijeran para mí recuerdos de Sevilla y costureros. Hilando signos de su historia cada vez más embozada. Y cada vez que sus palabras pasando por Sevilla se transforman, no supe de qué hablaba y qué sabía él que yo entendía cosas, digamos costurero enredando en alhajero. Y si decía alcázar ojalá viniera él y Alá como una ráfaga de arena, eso que queda si ha pasado el alazán, el aire no es

el mismo aunque el paisaje permanece. Y cómo detener la turbulencia que lo lleva de nuevo a su corcel. Cómo atrapar lo que dispara su cabeza cuerpo emana y su mirada perdida después del amor, allí improbable, inútil, imposible fusión cuando ha pasado ese calor fundiendo la apariencia en el abrazo. Aunque el amor fuera una cosa y las palabras algo se dijeran y aun así. Y aunque las almas tuvieran también ese relámpago sexual. Y aunque fueran serpientes las piernas rodeando su cintura. Y se mordieran y bebieran la sangre y el aliento y se escupieran dentro de la boca balbuceando cada uno infancias diferentes y aun las lenguas anudadas. Y aun si se mataran. Idjeruen, costureros alforjas de mujeres en viaje imaginario.

Y para qué respirar, la boca para qué, imitar tus palabras, creer que hay algo más que los cuerpos por juntar y creer que los cuerpos se juntan. Que las palabras fueran algo más que el aire llenando esa distancia que siempre nos separa, unir lo que ya nunca y quizá nunca lo estuvo. Y aun en el cielo nacimos con nostalgia, diciendo allí ese árbol como un magma cuyo propio corazón eran palabras.

Malinche

¿Y si llegan Cuateteos a buscarme? ¿Y si pariendo parto hacia Cinalco? ¿Y si los dioses se lo piden así con vientre y todo, ni siquiera tocado por el aire? Así sin cuerda a tierra por el cordón de madre, con madre también, como una piel envuelve ese carozo de mujer, esa pulpa siquiera tocada por el pico, intacto dulzor el vino primerizo. Hueso blando, pluma apenas entrada le piden que devuelva a punto que reviente. No hace falta y a ellos y les falta una guerrera en el cortejo. ¿Y si le dicen así que hay las mujeres que son solas como el hombre y las mujeres que ya basta? ¿Y si el guerrero va con fuerza por derecho brazo de mujer? Le arranca esa animal razón de andar pariendo. Como una loba babeante va no puede ver el agua. Come piedras, no te

comas mis hijos de luna capitanes, que vino en su caimán sobre la espalda de su barco...

No, no es que mató la madre. Es que se puso hijo. Mató la hermana mayor de las estrellas. Que un rayo lo parta al nacer pero era un rayo que nacía guerrero partió el vientre. Quién nos deshonra así la madre preñando ese plumita, un hijo que no era de este padre de nosotras. Coyolxauhqui murió rodando su cabeza. La madre de las madres se hizo hijo. Y ella quién la preñó en esos caminos. Ya murió un hijo de mí. O dos. Primero al sacerdote. Segundo a la muerta. No había pluma suficiente. Ffffffe, así dicen. Mueve montañas por los mares. No, no se muere de madre. Es que se pone de otra forma. Ahora vienen las hermanas, Coyolxauhqui en esta forma de hermanas las luneras, le dicen con el grito del espanto, un hijo con caballos, el arquero, con el diablo te nace un alacrán, con un mundo diferente de los hombres y contrario a nuestro padre señor Motecuhzoma, Copaneco, Xicotencatl, un hijo de los teules no es para nosotras. Ya vienen subiendo la montaña, ya vienen por su sombra. Coyolxauhqui en un brazo su puñal y en el otro Coatlicue con escudo. Ella misma la madre y hermana contra una la otra, desgarrada por la duda. No te preocupes le habla el hijo desde el vientre, soy guerrero y azul, vengo con rayo de serpiente y suficiente colibrí contra esas flores vanidosas de veneno. Por dónde están viniendo le pregunta. Por el oído. Y ahora por dónde. Por los ojos. Y ahora. Ya están aquí. Puja. Sopla. Inspira. Jadea. Puja. Pronto que ya llegan a matarle a madre poder. Un hijo de los teules, un hijo media lengua, doble filo, dos cabezas ya su blanco gemelo en otra orilla. No. Cuateteos no, me quedo a contemplar alumbramiento desde abajo de mi hijo. Qué bueno es tocar, comerse el agua que lo tuvo con espuma el excremento, chalchihuatl con sangre de esta tierra mezclada con el mar. Yo te fijo le habla el hijo, ya no revolotea tu humedad pidiendo fuego, la hoguera cuece la vasija en torcedura de materia. De mariposa queda el signo tallado en su cintura.

Dos hipótesis para una Danza Ignota

En ocasión de celebrar las pascuas de resurrección de la presente revista, se diagramó un muy case-ro pero no por eso menos efectivo método de distribución de la susodicha. En realidad, ni siquiera era nuevo. Bueno, que repetimos lo que antes habíamos hecho: sobre manila para todos los diarios, suplementos literarios, revistas y algunas radios. Dirigidos a directores, difusores, periodistas, etc. Por el otro lado, más sobres manila para todos los poetas que engalanan la gorda agenda de nuestro director.

La respuesta, amigos, fue abrumadora, con todo lo abrumador que puede tener el silencio. A la fecha, hemos contabilizado lo siguiente: de cincuenta (50) sobres enviados a través del benemérito correo, recibimos a vuelta gentil del mentado la cantidad de tres (3) envíos que en su dorso consignan dos "mudóse" y un "desconocido", que

para un poeta resulta casi una tradición. Y hablando de tradición debemos destacar el esfuerzo de producción del matutino de los Mitre, que en una columna y dos renglones da cuenta de la recepción de la revista.

Si quisiéramos alimentar fama de malditos, no podríamos mostrar mejor resultado. Si quisiéramos afirmar que nuestra prédica, o la misma poesía, molestan al *establishment*, no podríamos tener mejor evidencia. Sin embargo, semejante unanimidad no nos permite hacernos los zonzos. Lo que hubo acá no fue una monstruosa conjura de silencio, o la condena a una postura estética o lo que fuera. Pura y simplemente hubo indiferencia.

Como somos insoportablemente *démodés*, lo primero que originó estos hechos fue una sangrienta autocrítica. Para abreviar, asumimos todos los errores que el amable lector quiera endilgarnos. Pero,

aun aceptándolos, no terminan de explicar tanto silencio. ¿No podríamos haber generado, por ejemplo, algunas burlas, befas y pedorreos, ya que no polémicas? Nos consta que no somos lo que se dice chicos populares, y sin embargo ni nuestros potenciales enemigos aprovecharon el flanco.

Habida cuenta del enigma planteado, se me encomendó dilucidarlo y, tras varias averiguaciones, tengo para mí que *La Danza* fue apenas una víctima más de una situación general. Por supuesto, me apresuro a consignar que tal vez esta revista no merecía mejor suerte, pero el silencio que acompañó su reaparición no obedece a verdaderas carencias o supuestas virtudes.

Señores, para hacerla corta: *La Danza del Ratón* no existió. Pero a no asustarse, lo que tampoco existe es la poesía, y la revista apenas sufre de no existencia por mero carácter transitivo.

Supongo que algún adormilado lector saldrá de su sopor alegando haber conocido en fecha lejana alguna poesía, e inclusive algún poeta. Pamplinas. Eso apenas prueba lo que deseo demostrar: la poesía existió, pero ahora ya no existe. Para ser más exactos todavía: la poesía no existe en los lugares que cuentan y en el momento que cuenta. Esto es, no existe en la cultura del presente.

Si me permiten explicarme: desde el punto de vista de la circulación de cultura, a través de los vehículos que son su soporte actual, el lugar de la poesía es nulo. No vamos a detallar el lugar que se le tiene asignado en los suplementos de cultura de los diarios, porque los suplementos mismos ya están fuera de circulación. Vale decir, no son soporte de circulación de cultura, sino apenas eco de una cultura que ya fue. Hablo de los aparatos culturales en serio: televisión, radio, cine y todos esos medios que no viene al caso detallar o analizar, pero que en definitiva son los que dan cuenta y/o forman y/o

conforman la cultura de estos tiempos.

Por el otro lado, hablo del lugar que la poesía ocupa en la cabeza, cosmovisión, imaginario, autoconciencia o lo que sea de la gente. Esto es, dentro de la cabecita de la gente de a pie, el lugar que ocupa esa manera de ver o esos aparatos que se dan en llamar poesía y poemas respectivamente. También en este caso, y muy especialmente en este caso, el resultado es desconsolador.

Supongo que la primera reacción a estas afirmaciones será un pedido más o menos perentorio, más o menos airado, de explicaciones. Bueno, no las tengo. Digo lo que me parece después de tratar de ver las cosas más o menos como son. Y si me apuran mucho, tal vez pueda enunciar dos deshilachadas hipótesis, porque a más no llego. A saber:

Hipótesis uno: LA POESIA NO SE VENDE

Hace unos años se hizo popular una afirmación categórica, creo de Guillermo Boido, que decía: "La

poesía no se vende porque la poesía no se vende", y que fue dicha en todos los tonos posibles, desde el orgullo aristocrático hasta la desilusión arribista. Como toda sentencia feliz, contiene tanto de verdadero como de ambiguo.

A los efectos de nuestra hipótesis, tomemos solamente su sentido más ramplón: la poesía no es susceptible de convertirse en mercadería. Dejemos para otra ocasión si esto es bueno o malo. Sólo constatemos sus consecuencias en relación con su circulación.

Los aparatos mencionados antes, que forman y conforman nuestra cultura, se mueven con la lógica y sistema de valores que le dan sustento y a su vez alimentan: el mercado. Ponen en circulación, y por lo tanto dan certificado de existencia, todo aquello que es, o puede ser, mercadería. Y todo lo que ponen en circulación, por ese solo hecho, al entrar en su aparato, se transforma en mercadería. De toda calidad y para todos los gustos, pero mercadería al fin. Y, se sabe, la poesía no se vende porque

la poesía no se vende. Luego, no existe. Puede existir la historia de la poesía, la de los poemas o la de los poetas, y será siempre un negocio marginal. Pero la poesía actuante, viva, al entrar en el circuito, muere por su misma naturaleza, de muerte natural.

Hipótesis dos: LA GENTE MIRA OTRO CANAL

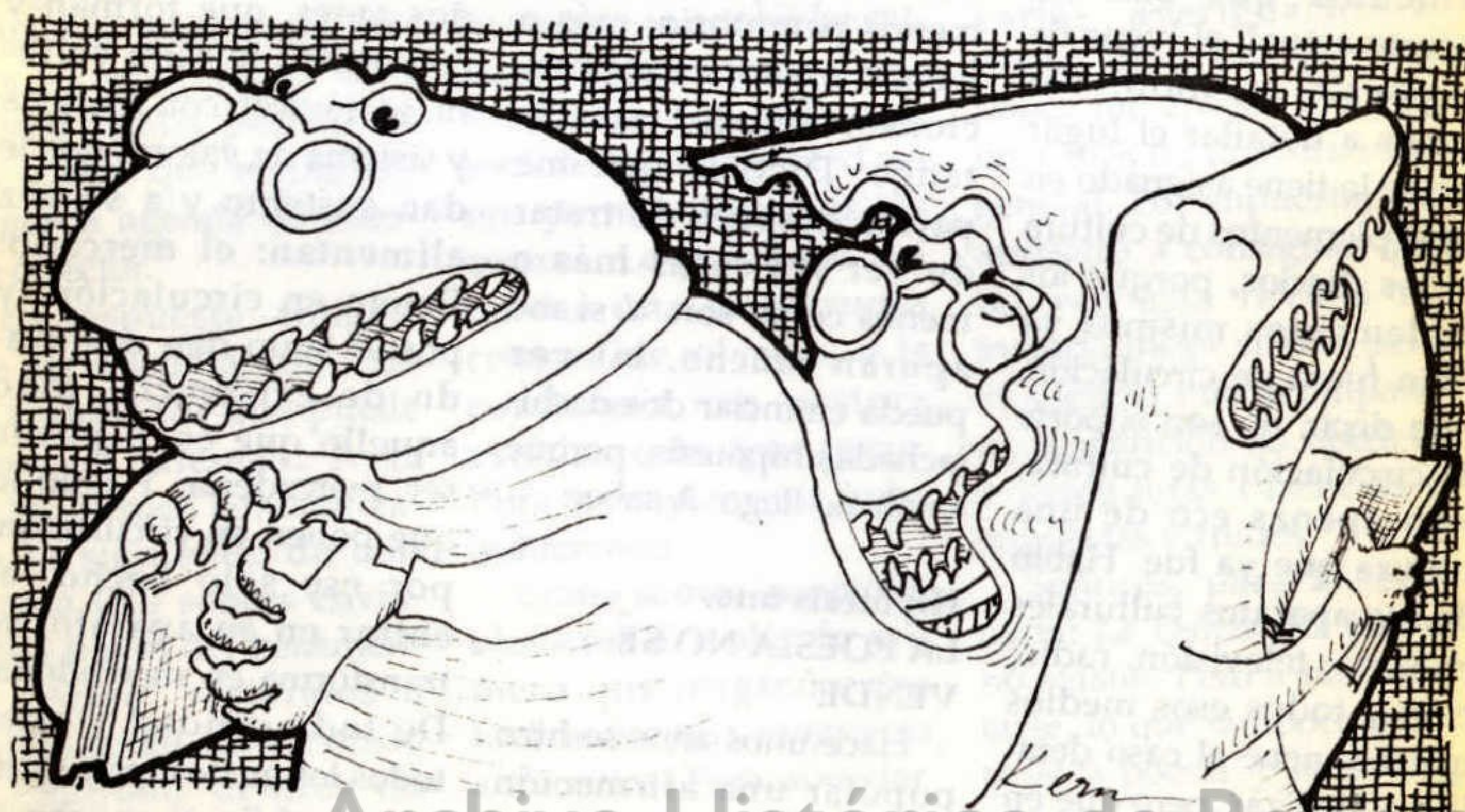
Prácticamente como resultado de esta afirmación, podemos desarrollar la siguiente hipótesis: la

gente es su cultura, moldea y es moldeada por ella. Por lo tanto, si estos medios conforman la cultura de la época, la gente es moldeada hasta en sus sueños más íntimos, hasta en sus necesidades más sublimes, por la cultura en la que está inmersa. Por lo tanto, su imaginación, su fantasía, sus sueños, tendrán la forma de esos medios: dirán que su vida es una película, hablarán de amor a través de canciones, sus mejores momentos tendrán la luz de los avisos comerciales.

No necesitan la poesía, ni los poemas, ni los poetas, para expresarse. Tienen otros medios, otras formas, para hacerlo.

En síntesis, tengo para mí que esos aparatos culturales llamados poesía, poemas, poetas no son más actuales y funcionales en este mundo que los dinosaurios, sin ir más lejos que al cine donde exhiben Jurassic Park. ¿Seremos brontosaurios, tiranosaurios rex o velocirraptores? Esta es la duda que me carcome, vea.

Junio/1993



la danza del ratón/6

Francisco Madariaga:
reportaje exclusivo

Talleres de Poesía
en Nicaragua

Ultimos 10 años de
Poesía Argentina

Kathleen Raine / Gonzalo Rojas

Diego Bigongiari / M. del C. Colombo

Eduardo Mileo / Alberto Muñoz

Fernando Aldao / Samuel Zaidman

Guillermo Allierand

Silvia Bonzini

Tata Cedrón
música y poesía



la danza del ratón/7

Parranda y Funeral
poema inédito de
Juan Antonio Vasco

"Ajenos al vecindario"
Poetas tucumanos

Poesía desconocida:
Colombia y Portugal

Giuseppe Conte / Alberto Szpunberg /
Textos escritos en las
carceles de Buenos Aires
Poetas inéditos / El penado 14 /
Ratón Inmundo

La danza del ratón/8

El Bestiario de Apollinaire

Ange Sauton

Poesía Norteamericana Actual

Celedonio Flores

reportajes:

Leónidas Lamborghini

Carlos Germán Belli



la danza del ratón/9

CARLOS LATORRE:
TEXTOS INÉDITOS

GEORG TRAKL:
POEMAS A LA HERMANA

ELIZABETH BISHOP:
NOTA Y NUEVAS VERSIONES

Sibilla Aleramo / Antonio Requeni /

Eunice Cohen / Mónica Sifrim /

Rodolfo Edwards

Alfredo Veirave
poemas inéditos